



CUANDO

SALE

LA LUNA

GLADYS MITCHELL



Gladys Mitchell

Cuando sale la luna

Gladys Mitchell (1901-1983), «la gran Gladys», como se refiere a ella el poeta inglés Philip Larkin, es una de las principales figuras de la Edad Dorada de la ficción detectivesca inglesa. Autora de más de sesenta y cinco novelas, es conocida sobre todo por la creación del personaje de Mrs. Bradley, una de las figuras más excéntricas en toda la literatura detectivesca del siglo veinte. Nacida en 1901 en Cowley, Oxford, Mitchell se graduó en University College Lon-

don y se convirtió en profesora de Historia y de Literatura Inglesa, profesión que simultaneó con una ingente producción literaria que incluye clásicos como *Cuando sale la luna*, e incluso parodias de Agatha Christie. Comparada con autoras de la talla de Dorothy L. Sayers o la mismísima Christie, Mitchell se encontraba como ellas entre los primeros integrantes del famoso Detection Club, y junto a ellas formó el triunvirato conocido como las "Tres Grandes Damas" de la ficción detectivesca de los años treinta del pasado siglo veinte. El interés de Mitchell radica en su personalísima interpretación de la novela clásica de detectives de la época, utilizando novedosas estructuras, psicología freudiana, o incluso lo sobrenatural. Una autora de excepción que empleó todas sus energías en la creación de una amplísima obra gótica literaria.



Esta edición de *Cuando sale la luna* está dedicada a Oliver Julius Womack Via.

Título original: *The Rising of The Moon*

Primera edición en Fábulas de Albión: 2012

Traducción © M^a Ángeles Via Rivera 2012

Portada © Zuri Negrín 2012

Edición © Nevsky Prospects S.L. 2012

<http://fabulasdealbion.blogspot.com>

Coordinación: Marian Womack

ISBN: 978-84-939379-2-8

IBIC: FFC

Depósito Legal: M-33468-2012

Impresión: Imprenta Kadmos Tipografía: Hoefler Text

Fábulas de Albión

Un sello de Nevsky Prospects S.L.

2012

Argumento

Keith y Simon Innes son dos hermanos que disfrutaban de las vacaciones de Pascua bañándose en los ríos y canales del enclave portuario rural donde viven, revolviendo los cachivaches en la tienda de antigüedades de su excéntrica amiga Mrs. Cockerton, y colándose gratis en el circo. Sin embargo, su pacífica existencia se ve alterada por el brutal asesinato de la equilibrista la noche anterior a la representación. Se trata de un «destapador» que actúa las noches de luna llena. Involucrados en la aventura desde el primer momento, los dos niños se ven abocados a agudizar su destreza investigativa cuando las sospechas recaen sobre su hermano mayor, Jack, ayudados por Mrs. Bradley, la anciana y misteriosa mujer enviada desde Scotland Yard para esclarecer los crímenes.

Índice

CAPÍTULO UNO LA TIENDA DE ANTIGÜEDADES 7

CAPÍTULO DOS CUANDO SALE LA LUNA 14

CAPÍTULO TRES EL CIRCO 24

CAPÍTULO CUATRO LA MUERTE DE UNA EQUILIBRISTA 32

CAPÍTULO CINCO LA MUERTE DE UNA CAMARERA 41

CAPÍTULO SEIS LA DESAPARICIÓN TEMPORAL DE UN MARIDO 50

CAPÍTULO SIETE MUERTE EN LA GRANJA 59

CAPÍTULO OCHO EL CUCHILLO 68

CAPÍTULO NUEVE LA CARA OCULTA DE LA LUNA 81

[CAPÍTULO DIEZ LA ANCIANA 92](#)

[CAPÍTULO ONCE LA MUERTE DE UNA NIÑERA 100](#)

[CAPÍTULO DOCE LA COSECHA 111](#)

[CAPÍTULO TRECE UN DESCUBRIMIENTO 121](#)

[CAPÍTULO CATORCE LA TIENDA DE ANTIGÜEDADES 130](#)

[CAPÍTULO QUINCE EL CIRCO 138](#)

[CAPÍTULO DIECISÍS LA MUERTE DE UNA NIÑERA 145](#)

[CAPÍTULO DIECISIETE LA DESAPARICIÓN TEMPORAL DE UN MARIDO 153](#)

[CAPÍTULO DIECIOCHO LA COSECHA 163](#)

[CAPÍTULO DIECINUEVE CUANDO SALE LA LUNA 173](#)

CAPÍTULO VEINTE LA ANCIANA 187

Cuando sale la luna

«Por todos los santos, Mrs. Pocock, ¿qué demonios hace con toda esta chatarra?»

Francis Blandy

«... ¡busquen la luz de la luna, la luz de la luna...!»

William Shakespeare

«Pero ¿asesinaría alguien a otra persona sin ninguna otra razón que experimentar el placer del asesinato? No tiene sentido.»

San Agustín

CAPÍTULO UNO

LA TIENDA DE ANTIGÜEDADES

Íbamos vestidos como nos apetecía. Keith llevaba puesto su bañador, unos pantalones cortos de lino y sus botas Wellington. Yo llevaba mis pantalones de montar, y un par de calcetines grises de ciclista. Una chaquetilla con bolsillos abotonados de aire militar, guantes de cuero que me llegaban hasta los codos, un cabo de amarre colgado del cinturón, y un cuchillo dentro de su funda sobre la cadera.

Era el comienzo de las vacaciones de Pascua. Es posible que Keith tuviera demasiado frío en su indumentaria para estar cómodo, mientras que yo mismo me sentía de lo más acalorado en la mía; pero él llevaba una chaqueta colgada del brazo, y calcetines por dentro de las botas, mientras que yo, a la edad de trece años, habría preferido que me sudara el tuétano antes que desechar una sola prenda de un disfraz que tan bien expresaba mi vena romántica y mi creencia de que era, en el sentido más elevado que pueda expresarse, un hombre destinado a grandes cosas.

Nos encontrábamos, como solía ocurrir por aquella época del año, en las inmediaciones del río. Durante el verano, cuando no estábamos en la playa, íbamos hasta la casa de campo de mi tía con nuestras bicicletas. Pero no nos animaban a montar en bici mientras los días eran cortos, y habíamos sufrido reprimendas de nuestros mayores si volvíamos a casa después de que encendieran las farolas. Por esa razón nuestras excursiones solían ser a pie durante aquella época del año.

A veces explorábamos la orilla sur del río, aunque solíamos permanecer en nuestra orilla norteña, merodeando por el extremo del Callejón del Ferry, o bien remábamos más allá de las rampas que mediaban entre la fábrica de gas y la comisaría. En los días de marea baja nos era posible llegar hasta la Isla del Sauce, que se encontraba en el estuario a unas quince yardas de la orilla. Aquel día en concreto Keith quería remar hasta la isla, pero yo no estaba de acuerdo, puesto que no iba vestido para vadear. Incluso quitándome los calcetines no habría forma de evitar mancharme de barro los pantalones de montar, y aquello no me convencía, aunque habría enfangado mi traje de domingo sin pensarlo.

La avenida principal discurría paralela al río, y una docena de callejas llevaban desde la carretera hasta el puerto y su ribera. Algunas de ellas se torcían hasta dar con otras, pero, por lo general, una vez que dejaban atrás las viejas casitas, los establos, las fábricas, los talleres, las herrerías, todo lo que se ocultase tras las zonas más transitadas, que colapsaban el embotellamiento más estrecho de todos cuantos emergían de Londres, el intrépido explorador se encontraba en la orilla del río, frente a él las barcazas que avanzaban tiradas por remolcadores desde Londres hasta los muelles de nuestra pequeña ciudad.

En dirección oeste, la avenida principal cruzaba el canal, y allí más callejuelas, junto con un laberinto de casas adyacentes al río, formaban una especie de ciudad dentro de nuestra ciudad, cuyos habitantes parecían no tener nada que ver con el resto de la población, y que ofrecía un terreno emocionante para el explorador en el cual la principal avenida, el río y el canal, delimitaban un triángulo estrecho y alargado que antaño había sido un pantano, y que ahora era conocido como la Vieja Inglaterra.

En casa habíamos escuchado que los forasteros, incluso los nacidos en la propia ciudad, no eran bienvenidos por este barrio, y que aquellos que abandonaban la avenida principal por la noche para atravesar dicho asentamiento perdido lo hacían a riesgo de sus vidas. Existía una leyenda según la cual un tal Moses Arundell había sido apedreado hasta morir en el Páramo, que era la zona de la Vieja Inglaterra más cercana a la avenida principal; sin embargo, aunque íbamos poco por allí, siempre nos pareció un lugar tranquilo, y sus habitantes nos parecían reservados, pero en absoluto taciturnos, ni tampoco agresivos.

No obstante, lo que sí era seguro era que la Vieja Inglaterra, sus callejones, su camino de remolque, sus esclusas, sus pequeñas casas con sus altos zócalos para protegerse de la inundación de las mareas, sus perros embravecidos, su ciudadela de barcazas abandonadas, y sus decrepitos y envejecidos silos, era un lugar aparte del resto de la ciudad, un país extranjero, que poseía su propia fascinación y sus propios peligros, sus códigos de comportamiento y sus propias leyes, e incluso su propio dialecto de juramentos, interjecciones y rezos.

Keith no tardó en conformarse con no ir a la isla. Era mucho menos egoísta que yo, aunque, cuando se empeñaba en alguna cosa, mucho más testarudo. Pero esta vez no pareció importarle si íbamos a la isla o no íbamos. Había otras cosas que hacer, y estaba dispuesto a hacerlas.

Iniciamos el ascenso por la cuesta empinada hasta que alcanzamos la avenida principal, a continuación bajamos hacia el Callejón del Ferry, en cuyo extremo se decía que Julio César había desembarcado con sus tropas en su primer encuentro con los britanos. Intentamos, sin éxito, que el conductor del ferry nos llevara gratis a la otra orilla y nos trajera de vuelta. Después recorrimos la avenida principal

hasta una pequeña tienda en la que a veces se exhibían armas como dagas, espadas, e incluso alguna antigua pistola de arzón. Era uno de nuestros campos de juegos preferido, ya que la mujer que la regentaba (quien odiaba a los niños y no se fiaba de ellos por regla general) no tenía objeción alguna en que entrásemos en el establecimiento y toqueásemos cualquier cosa que llamara nuestra atención.

Se trataba de una anciana de lo más extraña, alta y con aspecto de amazona, como Meg Merrilies,[1] y una de sus peculiaridades era que siempre llevaba sombrero. Nunca la vimos sin aquel tocado herrumbroso, y poseía un aire de gran dignidad e incluso elegancia.

Se rumoreaba que una vez había sido la dueña de un circo ambulante, pero su conversación, que solía estar salpicada de diversas anécdotas sobre su pasado, no parecía dar veracidad a esta historia.

Se dirigía a nosotros con una cortesía anticuada, yo era siempre Mr. Innes, o bien Mr. Simon Innes, o Mr. Simon, y mi hermano era Mr. Keith, unos nominativos que utilizaba sin el menor atisbo de ironía o paternalismo. Una vez me confió que no soportaba a las niñas, pero que los muchachos siempre tenían asegurado su favor y su buena disposición.

—Las chicas, Mr. Innes —declaró— son unas frescas, y no son de fiar. Fíese de ellas menos que de la serpiente que se arrastra por el suelo, o de la víbora que se calienta en el matorral ardiente. Su aspecto es engañoso; su belleza no es más que una trampa. «La rosa más feliz es la destilada»[2] Así es, Mr. Innes, no hay duda posible; pero ¿quién es el destilador? Contésteme a eso.

No pude responderle. Yo todavía creía que los destiladores eran los caballeros cuyos nombres aparecían en las

furgonetas de los comerciantes de vino y alcohol. Como en nuestra ciudad había nada menos que cuarenta tabernas, podían verse muchas de ellas. Yo cambiaba de tema para dirigirlo hacia su propio repertorio, que siempre nos había fascinado, pero ella volvía con tenazón a su sempiterno tema siempre que tenía la ocasión. Las chicas eran malvadas y no valían nada; Eva no era más que una tentadora que traicionó a la humanidad entera. Su aspecto, como se vestían, su forma de hablar, en realidad todo lo que las convertía, en mi mente, en criaturas fascinantes pero algo aterradoras, era sujeto a sus críticas, y nosotros le caíamos bien porque, como ella decía, nos gustaban todas las cosas que merecían la pena. Creo que se refería a sus antigüedades.

La especialidad de Keith eran las pistolas y los trozos de armadura; yo prefería las espadas. Soñaba con poseer una, pero tenía miedo de preguntar cuánto costaban, no fuera que nuestra estrafalaria amiga me pidiera alguna cantidad por debajo de su auténtico valor, juzgándola a nuestro alcance. No obstante, no había nada que me impidiera desenganchar todas las espadas de sus vainas y sopearlas amorosa y reverencialmente en mi mano. Debo haber pasado horas enteras admirando los grabados de las empuñaduras, y lo que creía que eran runas mágicas sobre las hojas. Mi mayor placer, sin embargo, consistía en acariciar el filo con mi pulgar, y soñar sobre cómo daría brillo a las hojas si aquellas espadas me pertenecieran. Fantaseaba con los duelos en los cuales tomaría parte si hubiera nacido noble y en una época proclive a ellos. Por aquel entonces no había nada que no supiera sobre la ceremonia de batirse hasta la muerte, aunque desde entonces lo he olvidado todo.

Cuando alcanzamos la tienda, que se encontraba de camino a casa, nuestra amiga, Mrs. Cockerton, estaba de pie en el umbral. Una historia que nos había contado era